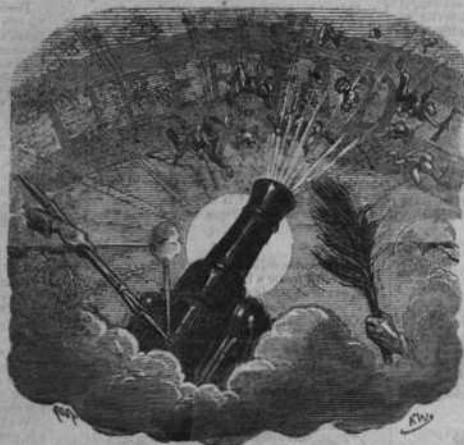


EL CAÑON KRUPP.

NÚMERO SUELTO

2

cuartos.



NÚMERO SUELTO

2

cuartos.

PERIÓDICO METRALLA DE LA GUERRA CIVIL.

DE BORBON EN BORBON.

II.

Nos hemos propuesto en el presente artículo dar fin á nuestra idea, aun cuando no bastaría un tomo voluminoso como el *Plan ascension* para dar una idea ligera de todos los actos de los Borbones que demuestran de un modo palpable que Dios les ha dejado de su mano.

Ya no queremos hablar mas del beatífico Carlos V, ni de sus torpezas: ya no intentamos presentarle declarando hoy *trabador* á Maroto, y al día siguiente abotivándose; siempre vacilante como su causa, perdido, logrado, inhumano y fanático hasta el idiotismo.

¡Saben nuestros lectores que sucedía en el palacio donde se mecia la cuna de la inocente Isabel, mientras los buenos liberales se rompían la cabeza para salvarle el trono?

La Historia lo consignó: la reina gobernadora, la esposa de Fernando VII, fruto también del árbol borbónico, apreciaba tanto el sagrado esfuerzo de nuestros padres, luchando por la libertad, que un día concibió un proyecto para dar fin á la guerra. ¡Generosa mujer!

Tal vez aquellos rasgos de sublime heroísmo y de santa abnegación que se venían todos los días, llenaban su corazón de envidia: tal vez vez comprendía que aquello era demasiado sacrificio para los Borbones.

Es lo cierto que concibió la maternal idea de cargar de cadenas al pueblo liberal, dando de golpe y porrazo la mano de su hija Isabel al llamado Conde de Montemolin, hijo de Carlos V. De este modo el carlismo hubiera apadrinado este enlace, y se reservaba á los liberales todo el peso de la cruz de semejante matrimonio.

Recordáronse los correos de gabinete: los Borbones de Italia y Luis Felipe de Francia acogieron con entusiasmo la perniciosa idea: el imbécil Carlos salió de sus madrigueras del

Norte, y dirigióse aparatosamente á las puertas de Madrid: los mas activos agentes de esta negocio, modelo de gratitud y de lealtad, recordaron á Carlos sus compromisos, y esta, á pesar suyo, se llamó andana, pues había vi-luminado en el tiempo que duraron los preparativos, que el pitar no era como el querer, pues un acto tan atrevido podía excitar de tal modo al pueblo y al ejército liberal, que confundidos en una sola, la causa de Isabel y de Carlos, las habrían combatido con la misma fiera ferocidad con que combatían la del absolutismo teocrático, simbolizada en Carlos V.

En esto se vé claramente la mano de Dios: los Borbones bailando sobre la cuerda floja de la pérdida, es lo mas árido que puede darse.

**

Pero no era menester que se casara Isabel con Montemolin, para que á la postre los apóstólicos ayudaran en su agonía y llevaran su vela en el entierro de la causa borbónica.

¡Quién no recuerda el feliz roinado de Isabel mujer, Dios mio, que mujer aquella!

Se palacio convirtiéndose en santía de todos los vicios y en refugio de los carlistas.

En vano un día y otro día clamaban los liberales, por el precio que se debía á su valor y á su patriotismo en la aciaga guerra civil: la inocente niña, desprovista al fin, les respondió con la tierna voz de sus cachetes.

¡Quién fuera general para hacerlos triunfar! es fama que dijo un día de media, que terminó con una heraboteo de sergentes sublevados del grito de «viva la libertad.»

Y eso que los liberales del 22 Junio eran aun en su mayoría inocentes adoradores del trono borbónico. Recordérase áun á *La Heria*, que dijo por aquellas fechas que si Isabel llamaba al poder á los progresistas, estos sembrarían de Bors su castigo.

Pero la generosa Isabel con su Narrara en la derecha y O'Donnell en su izquierda, tenía lo bastante para poblar las colonias de Per-

nando Pío con los que mas se habían desvirtuado para salvarle el trono de sus antepasados. Bien es verdad que los carlistas recibían recompensas á manos llenas: el obispo Claret tenía en sus manos *la llave de oro* de la regia conciliar: la monja de las llagas ciotrizaba las del corazón de su marido, y el guapo Marfuri era el Godoy de la dinastía.

¡Que mas podían desear los carlistas! De verificarse el casamiento de Isabel con Montemolin, este habría tenido que bregar con su mujer de un modo bárbaro.... y vaya! que el papel de Paquita no es para cualquiera! De modo que la dinastía de los Carlos se evitó muy malos ratos, y de todos modos los llevara muy buenos los carlistas.

Tanto escudando terminó con la Revolución, que barrió del suelo español el trono de los Borbones. Dios permitió que triunfara.... ¡loado sea Dios!

**

Pero á España le faltaba todavía el último modelo de la familia, y este nos lo ha traído la falta de tacto de los liberales, como si Dios quisiera decirnos—«Miren Vies. lo que les reservo, si les falta cordura.»

¡El Terol!

¡No le conocen todavía! Cobante como un falderillo, cruel como una liebre, lascivo como un mozo, avariento como una urraca, reune en sí todas las bellas cualidades de sus antepasados.

Viene á España en una ocasión sumamente feliz para él: viene cuando algunos liberales no causados todavía del peso del trono, erigen una monarquía sin arrazo, destinada á perecer entre el desconcierto de todos los revolucionarios.

Presencia la muerte de esa monarquía, mira subir la República, rodeada en su cuna de innumerables enemigos dispuestos todos á asestarle el golpe mortal. Le contempla luchando en su debilidad, presa de terribles crisis, desorganizada su naturaleza, sin ejér-

cito, sin hacienda, sin fuerza, convertido cada hombre en un devorador tuberculoso agrarido a sus débiles entrañas.

Y a pesar de todo el Terzo no triunfa. Y a pesar de que un jefe de bandidos y asesinos, no llega a ser mas que la patalla del crimen, el estúpido móvil de la concepción brutal de algunos fanáticos y de un gran cúmulo de malvados.

«Porqué en momentos tan críticos en vez de hacerle un badalague no le hizo Dios un hombre ilustrado? Porqué no le hizo elemento en vez de hacerle cruel? Porqué no le hizo honrado en vez de convertirle en ladillero y escudado de toda persona decente?»

Lo repetimos: Dios no quiere a los Borbones, pues los ha hecho a todos odiosos. Y cuando los carlistas escriben el nombre de Dios en su bandera, Dios, que es la conciencia universal, escribe con la sangre de tanta víctima inoculada a su ferocidad las siguientes palabras:

«Cuando en España esos horrendos crímenes, esos sublimen virtudes, que será cuando hayan perdido la razón todos los españoles, entonces reynareis en ella.»



¡Díe un telegrama:

«Ceballos ha recogido *bazates* *granos* en su excursión a Viana.»

Celebraríamos que esos *granos* fuesen de aquellos que hacen arrancar el alma a rasenes.

El ministro de Hacienda del Terzo se devana los sesos en el estudio de un plan que de realizarse está llamado a llenar las arcas del Presidente.

En vista de que las Provincias Vascongadas y Navarra, se hallan exhaustas, considerando que los extranjeros se llaman andana a cada espíritu que se intenta, y bajo la amenaza del Terzo, de que le arrascaría la cabeza, sino sacaba cuartos de un sitio a otro, levantó el abortado ministro la vista al cielo, en demanda de una idea que le sacara del aprieto.

«Era de noche... y sin embargo se llama: la luna brillaba en el zénit resplandeciente. El ministro la contempló un rato lleno de melancolía. De súbito brotó no se qué de su imaginación, y de sus labios un grito:—Ya tengo la idea.»

—Vuestra potestad es inmensa, le dijo al Terzo.

—Sí, respondió el futuro rey de las selvas. —Pues es preciso apoderarnos de la luz, ella sola puede darnos los apuros.

—Pero cómo?

—Sencillemente: la luna ha brillado millones de millones de meses desde su movimiento ¿no es verdad?

—Sí.

—Y a cada mes tiene dos cuartos, uno creciente y otro menguante, ¿no es así?

—Exactamente.

—Pues es preciso apoderarse de todos los cuartos que la luna tiene ahorrados.

El Terzo quedó profundamente abismado.

Las mujeres de Paigüerdá comparten con los hombres las penalidades de la defensa.

Los proyectiles carlistas lograron derribar un bastión. A los pocos instantes la brecha estaba cubierta con maderas, colchones, sacos de arena y otros materiales.

«Las impávidas mujeres descubiertas el noble pecho al fuego de los enemigos de la patria, habían obrado este milagro.»

«Vaya, carlistas, que vuestro deseo de sembrar se actualiza siempre ante la decisión de esas heroínas de la libertad!»

Un obrero de Paigüerdá, Juan Gasp, sabe que su hermano está en poder de los carlistas. Impulsado por el santo amor fraternal abandona las murallas de aquella villa heroica y se dirigió al cuencento de Savalls para solicitarle de libertad al mismo.

Savalls al averiguar que el interlocutor residía en Paigüerdá, mandó fusilarle por este motivo.

Esto ya es algo mas fácil que rendir a la invicta capital de la Cordaña... y sobre todo es mucho mas carlista.

El tío Cocaia cobra de todos los buques que salen de Benicarló, dos terceras partes del flete, como contribucion de guerra.

Nadie negará que Cocaia podría cobrar el flete entero, y vender los buques a pública subasta.

De este modo le tendría mejor cuenta. Ahora, no parece sino que es solo *dos terceras partes* de carlista.

Muchos curas del Mediodía de Francia, al llegar Savalls, frente a Paigüerdá, se le presentaron, con el objeto de agrasarle, y saludar en él al ángel exterminador del liberalismo.

«¿Cómo no diernan aquellos curas para ser españoles y blandir el trabuco, dando a los pueblos rociadas de bendiciones de plomo!»

Al ver al divino Savalls, la boca se les hacía agua.

«¿Qué parecidos son los cuernos en todas partes!»



Tres distintos asaltos han intentado dar los carlistas sobre la invicta Paigüerdá, y en todos ellos han sido rechazados con grandes pérdidas.

En vano se han valido de toda suerte de estratagemas.

En vano han fingido retiradas, y a favor de la noche se han presentado inesperadamente a las murallas.

El puñado de valientes que tiene el alto honor de defender aquel baluarte inexpugnable de las libertades pátrias, hace diez días que no duerme ni siquiera sobre los laureles conquistados, y mientras aliente un solo carlista, veía atento, arma al brazo para salvar la honra de aquella heroica población, que es hoy la honra de Cataluña entera.

«Qué sublime y pronto desquite ha hallado la infame traición de la Seo!»

«Gloria inmortal a los bravos paigüerdaneses!»



LA VERDAD EN EL ESPEJO.

Con las manos en la frente nervioso y macilento estaba junto a una mesa acedato el *hueso* niño Terzo.

Por su mollera pasaban en procesion mil recuerdos, mil recuerdos acalgos, acalgos todo ellos.

En la base de una coroneta, y de un palacio y de un catre, lleno de santa esperanza se lanzara con denuesto;

mas al entrar en España, saliendo del extranjero. ¡ay! sintiese en las rodillas una especie de hormigueo, notando le producía no la emoción, sino el miedo!

Desde entonces no ha vivido un día solo sereno,

tembla como un azogado, no tiene voz, habla quedo, y los susurros de él murmuran y le faltan al respeto.

Mas vive Dios que bien pronto cesará tal desahogo; pues si hubo un rey en Navarra allá en los remotos tiempos, que antes de entrar en batalla temblar sentía su cuerpo, dispuesto al primer dardo y enrojecido su acero el hilo de sus entrañas abrazaba como el fuego.

El niño Terzo inspirado en este histórico ejemplo, de súbito se levanta y dice con firme acento:

«—Obispos de mis entrañas, canónigos y escuderos, sual acudid a mí estaocia que pavosco mo siento, y la espada que temblaron las cortices de Toledo.

Vengan revólvere y rifles y pañales y veneno, que armado de todas armas quiero lanzarme el primero a la lid sangrienta y ruda al frente de mis ojercitos.»

La corte con alborozo escuchó la voz del Terzo, y este al salir de su alcoba retumbaba el pavimento: sus pasos arrugados, su continente alancoso, ¡ay escitaban la ovidia de todos los palaciegos.

Una móvil maneztraza asemejaba su cuerpo: pues tales y tantas armas le cubrían por completo. «¿Mas qué tienen? Porque tiembla el arrogante guerrero? ¡Y enóvul como una existán delante de un grande espejo, mirase en él un instante, pallidece y cae en seco.

«¡Ay! esclama un cortessano a su acorro acudiendo:

«¡Malhaya la suerte impía! Malhaya el destino adverso, al mirarse en esta luna de sí mismo tuvo miedo!»

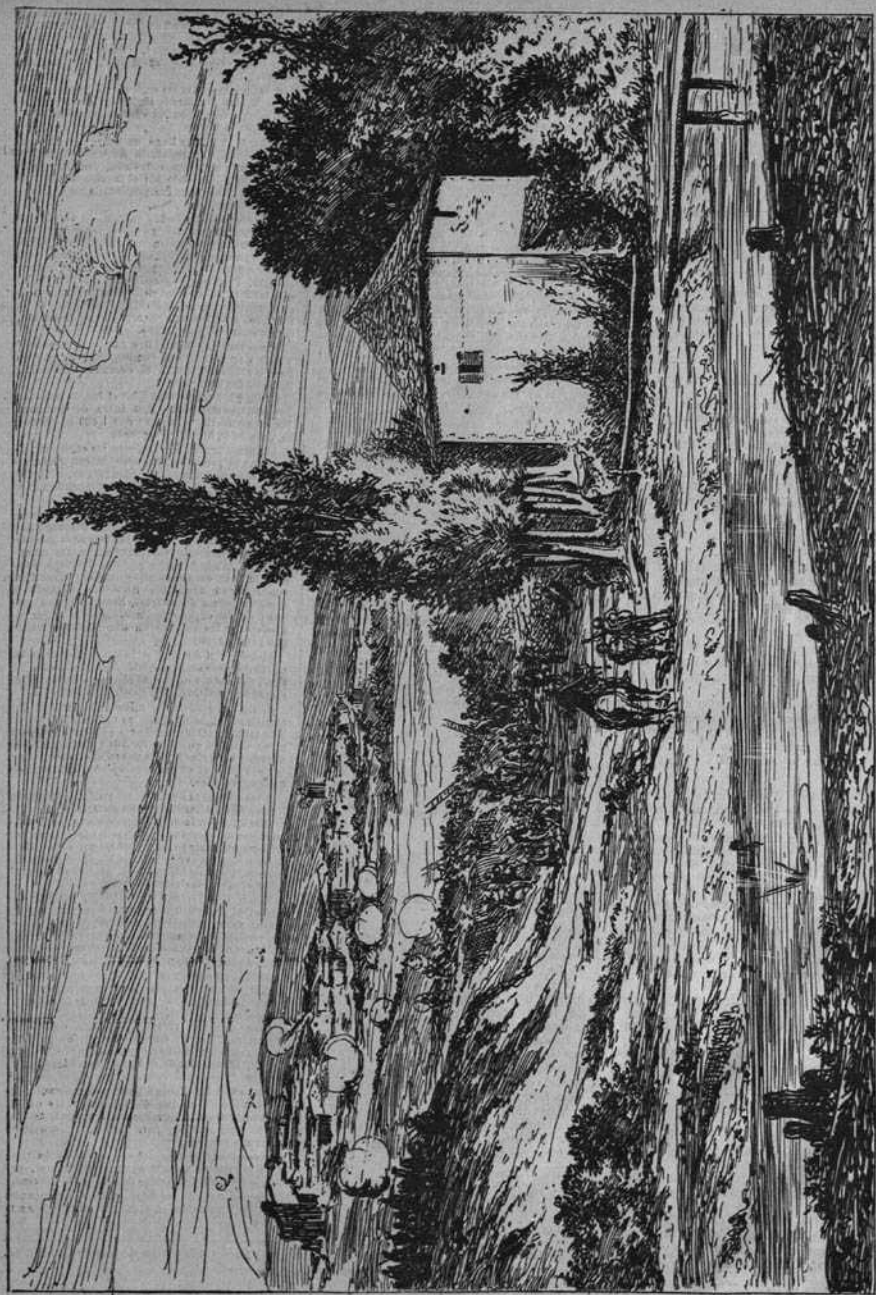
«¡Ay! esclama un cortessano a su acorro acudiendo:

«¡Malhaya la suerte impía! Malhaya el destino adverso, al mirarse en esta luna de sí mismo tuvo miedo!»



Los intrépidos cazadores de Reus har hecho una atrevida excursión a Flix, quemando una gran barca que tenían los carcos para pasar el Rho.

«Ha obrado muy bien el valiente batallón. «Para que necesitan la *Seo*, los que impudentemente pueden pasar el río, hados en la calahaza que se ostenta bajo su boina!»



Heroica defensa de Puigcerdá.

Los argumentos carlistas presentados en Bilbao aseguraban que hace cinco meses no han recibido las botas del Tercio una sola paja.
No desearán los diócesis carlistas; yo sentiría que no comprendieran que Moriones tiene el humero empujado de saltarles las cuentas.

Algunos pocos recules carlistas disparados contra Puigcerdà, pasaba y por encima de la población, yendo a caer en territorio francés.

Entre otras cosas me pesaban los carlistas, porque entre ciento en la heretrada, dan algunas veces uno en el clavo.

¡Qué mas merece la Francia tan amica del carlismo, que los ecos carbonarios de sus mismas protegencias?

Ya en los estancos se expenden las cédulas personales creídas por el Sr. Canabcho.

En virtud de la ley se hallan exentos de comprarlos los pobres de solemnidad, los penados y las monjas.

¿Y los carlistas?...

Un oficial de artillería procedente de la «Nemoros» dirigía las baterías carlistas que hostilizaban a Puigcerdà.

De pronto una bala de los bravos puigcerdaneses se le clavó, según dice en su parte en el pequeño espacio que media entre las dos cejas.

Si al desear el ejército y pasasen a los carlistas se le había caído entre ceja y ceja la idea de hacer fortuna, tiene ya lo que anhela.

Diceo que el Tercio ha dirigido un nuevo Memorandum a las naciones extranjeras.

Esto prueba que el límbic le quedan todavía cuartos para sellos.

Después de uno de los infructuosos asaltos que sufrió Puigcerdà, al darla a Savalla la noticia que los suyos habían sido rechazados exclamó:

«Cuando entre en Puigcerdà no ha de quedar nadie vivo: ni las mujeres, porque en tratos con los liberales, en su seno lleva la semilla de la maldad; ni una piedra de la villa, ni uno de sus habitantes.»

El día anterior al asalto había dicho:

«Mañana iré a tomar chocolate sobre las ruinas de Puigcerdà.»

Ya se contentará después de todo con tomar las de Villadiego, la cola entre las piernas, como de costumbre.

El Tercio ha tenido la gracia de enviar un embajador a la corte de San Petersburgo.

El emperador de Rusia le ha despedido, sin recibirle.

Al Cesar harlo le dan que hacer los osos de la Siberia, para que pueda dñarse en los del Pirineo.

Los carlistas que penetraron en Calahorra hicieron un agosto.

A mas de 12 mil duros de varios particulares, lleváronse las contribuciones que estaban recaudándose, los fondos y efectos de la contribución de rentas, 17 mil duros del despado y 3 mil de los destinados al culto catédral, ó sea un total de 40 mil duros.

De estos como se ha visto, 20 mil pertenecían a ese clero abandonado de los gobiernos, que casi se muere de hambre.

Asegúrase que el cabildo quejoso amargamente à Peralta por usarle su cantidad tan considerable.

«Ven, los días de hijo el cabecilla, honran à la divina religión, engordando à sus expensas: nosotros la honramos à tíras, y ya que todo es honrarla, váyase lo uno por lo otro.

A uno de los voluntarios de Calahorra que defendían la estación, le cogieron los carlistas, le introdujeron tres cartuchos en la boca, le pegaron fuego, y de ese modo tan salvaje le destruyeron terriblemente la cabeza.

«Oh dignos hijos de la santa Inquisición! Podrán destruir ferro-carriles y telégrafos, que en eso de encontrar suplicio, nadie les vá à la zaga à los carlistas.



Diceo que algunos soldados de la Seo han ingratido voluntariamente en los linas carlistas.

Los voluntarios se compró después de los bárbaros fusilamientos de los que pertenecieron à la columna de Navarra y que no tuvieron la edad de niños à ellos.

Afortunadamente les destinan à la caballería, y al galope es mucho más fácil tomar las de Villadiego.

En el último asalto que intentaron los carlistas que asedian à Puigcerdà, dejaron al pié de las murallas en su precipitada huida armas, municiones y otros diversos objetos de guerra.

Algo mejor que esto se hacen también, la esperanza de pisar un solo instante las calles de esta heroica villa.

Un cuarto asalto intentaron los carlistas sobre Puigcerdà, y por cuarta vez fueron rechazados.

Hicieronse proceder en él por algunos cobetes incendiarios que prendieron fuego à algunas casas del arrabal de la Baronia, situado frente à la puerta de España.

Aquellos edificios iluminando con sus sinuosos reflejos la oscuridad de la noche, algo debían mostrar à los carlistas, algo semejante al esfuerzo invencible de un puñado de héroes, dispuestos à sepultarse bajo los escombros de Puigcerdà, antes que à rendirse.

Comprendo que los carlistas sean modelo de fieles creyentes.

Para algunos preocupados el Purgatorio no es mas que un fogon donde se hace la olla gorda de las curas.

Para otros el infierno es solo un espanta chigüillos y un aturde-bombos.

Para los carlistas el fuego debe perdurar en la otra vida.

Si, necesariamente han de tener esas ideas ultra-ortodoxas.

¿Saben Vdes. porqué?

Porque las practican en esta vida con una constancia que diérs envués à una legion de diablos.

Van à un pueblo y el petróleo marca sus huellas, incendian coetras, edificios, estaciones de ferro-carri; convierten à España en un inferno.

Luchan frente à Puigcerdà: los republicanos tienen malas morras: les causan victimas à centenares, y remedan el Purgatorio, amontonando cadáveres y heridos graves y pegados fuego.

Ahora quien no comprenda la razon de que haya tanta cara en las perdidas, no sabe que cosa es religion, ni que clase de serafines son las hecheras de Savalls.

NUESTROS CROQUIS.

ATAQUE DE PUNERDÀ.—El 23 del pasado Agosto se presentó à la vista de Puigcerdà una pequeña fuerza carlista, que posesionándose de Aja hostilizó durante la noche la población, sin que ésta se tomara la pena de contestarle.

En la misma noche llegaron Mirés, Galerón y Vilasagrà con 1,500 hombres y seis piezas de artillería. Al rayar el alba rompieron el fuego con las columnas en el campo de Enviçat y los cuatro restantes en San Marcos y en casa Mallo.

A las pocas horas los corteros disparos de la plaza habían inutilizado los dos primeros cañones, pero el fuego continuó sin interrupción hasta cerrada la noche.

Durante la misma llegó en el campo carlista el ferz Savalls acompañado de una escolta de caballería, y el cañón monóstruo, conocido por Dio de Dio, fabricado por el famoso alcaide de este vilis, cuya pieza había empujada en el puerto de San Martín.

Durante todo el día 23 continuó el fuego con gran intensidad por ambas partes: el cañón Dio dirigía sus fuegos contra la torre de Santa María, ocupada por un puñado de tiradores, cada uno de cuyos disparos causaba la muerte de un carlista. Pero los proyectiles carlistas, lejos de atender à la villa, caían en territorio francés, lo cual motivo que las autoridades militares de la frontera, advirtiéndose à Savalls que se abaturiera de inquietar el país vecino.

Por la tarde el cañón Dio estaba desmontado y roto y su dotación en cuadro, pues à mas de cuatro artilleros, perdió el comandante de artillería de los carlistas.

El día 26, aunque mas debió el fuego, tuvieron los carlistas dos piezas mas fuerza de combate. Por la noche llegó Tristant con 1,000 hombres à la vista de la heroica Puigcerdà.

Al amanecer del 27, rabiados los carlistas, intentaron el primer asalto; pero fueron rechazados con enormes pérdidas. Esta escena, es la que representamos en el croquis correspondiente al presente número.

Después de una tentativa fugaz los sitiadores se retiraron: cerró la noche, descargó una furiosa tormenta y à eso de las tres de la madrugada aproximáronse aglomerados à las murallas, intentando el asalto por tres distintos puntos. A la vez, en todos ellos fueron rechazados también con admirable heroísmo, dejando el campo cubierto de muertos, heridos, armas, escalas y otros objetos de guerra, de los cuales se apoderaron los sitiados en una vigorosa salida que efectuaron.

Amaneció el día 28 y el fuego de los carlistas, efecto de los desastres sufrido quedó debilitado. De sus 7 cañones, solo dos de ellos se hallaban en estado de servicio.

El día 29 se repitió asimismo, mostrando los carlistas su debilidad. Dos grandes bocaneras en las casas conocidas por Maria Pedrosa, demostró à los sitiados que los carlistas quemaban sus muertos y heridos graves, mandados recoger con grave riesgo de su existencia por los campesinos de las cercanías.

A las primeras horas de la madrugada del 30 intentaron los carlistas el tercer asalto y fueron rechazados con la misma fuerza que en los anteriores: una nueva salida que precedió à las vitas, demostró el desengaño de que se hallaban poseídos, y les valió de nuevo la posesión de gran cantidad de efectos que abandonó el enemigo al oír de las murallas.

El día 31 notáronse síntomas de retirada por parte de los carlistas: cruzaban en la villa sitiada que se aproximaban fuerzas del ejército y que sus enemigos salían à disputarles el paso: solo Soliva con su escasa partida permaneció à la vista de los sitiados.

Pero al amanecer del día siguiente primero del actual, se lanzaron precipitadamente sobre las murallas, haciendo proceder de gran número de cobetes incendiarios que prendieron fuego en algunas casas del arrabal. El ataque duró unas tres horas, y como siempre fueron los carlistas rechazados ignominiosamente. Sus pérdidas unas de este último ataque se hacían ascender à mas de 600.

Estas son las últimas noticias que hemos recibido sobre el ataque de Puigcerdà, las cuales hemos procurado extractarlas y ordenarlas por orden cronológico, para mejor inteligencia de nuestros lectores.

Numerosas fuerzas del ejército deben hallarse ya à la vista de aquella heroica población, el sagrado ejemplo de pueblos dignos de la libertad.

Hemos omitido adrede algunos interesantes detalles, contenidos en el cuerpo del presente número.

Imp de la viuda e hijos de Gaspar, A. Batillo 14.